

James C. RILEY (1987) *The eighteenth century campaign to avoid disease*. London, The Macmillan Press Ltd., 213 pp. ISBN 0-333-40622-2.

El presente libro explora viejas sugerencias de la historiografía médica sobre los orígenes de la Higiene pública, o «medicina del medio ambiente», como gusta de emplear el autor, al servicio de una tarea de recobrada actualidad: sustentar la hipótesis de la importancia que se debe otorgar a las medidas sanitarias para explicar el fenómeno de la transición demográfica.

El texto se dispone, según la secuencia académica, en seis capítulos enmarcados por una introducción y una conclusión, formando un espacio intelectualmente circular, muy didáctico, por la reiteración de argumentos que son sustentados en los capítulos centrales.

Riley sitúa en el intervalo 1660-1750 la aparición y consolidación de una nueva teoría del origen de las enfermedades, sólo parcialmente derivada de la tradición ambientalista hipocrática, la cual constituyó la base teórica en la que se apoyaron las propuestas de saneamiento del medio. Esta nueva teorización, extendida por británicos, alemanes («medicina topográfica») y franceses («medicina de los climas») y aceptada en toda Europa, cifró en un conjunto diverso de circunstancias ambientales, variables según los autores y los momentos, la causa de las enfermedades colectivas. Esta novedad determinó la incorporación de nuevas técnicas de estudio de la naturaleza y, en particular, la adopción del soporte aritmético propio de la incipiente demografía de la época.

En el capítulo quinto se plantean las consecuencias prácticas de la teoría ambientalista de la enfermedad, toda vez que, a diferencia con la época clásica, dicha teoría se acompañó de una actitud intervencionista frente al mundo natural. De ese modo se propusieron y llevaron a cabo de forma bastante generalizada en los países del occidente europeo, según el autor, acciones de drenaje, ventilación, saneamiento y establecimiento de cementerios. El eje articular de las distintas intervenciones fue la eliminación de los malos olores, reconocidos como el signo inequívoco de riesgo para la salud. Desde mediados del siglo dieciocho, estas medidas se adoptaron en batería, dentro de una campaña general contra la mortalidad catastrófica, como un aspecto más de la creciente preocupación de los estados por la gestión de los grandes riesgos.

¿Son suficientes los testimonios de época, en general elogiosos y favorables a la adopción de dicho tipo de medidas, para sustentar de forma concluyente la hipótesis inicial? Nuestro autor desearía poder comprobar que la morbilidad disminuyó también, además del registrado descenso de mortalidad, para verificar sus ideas; esto es, que la limpieza del medio debió influir necesariamente en las poblaciones de insectos y roedores cercanas al hábitat humano, de forma que se obstaculizaran, de hecho, las cadenas infectivas en las que aquellos participaban como vectores.

No deja de observarse que la fundamentación fáctica de las nuevas hipótesis causales era insuficiente. Los resultados de los distintos estudios eran difícilmente comparables entre sí y en ningún momento durante el siglo dieciocho se llegó a determinar con exactitud una dependencia causal entre un padecimiento más o menos generalizado y una o varias circunstancias ambientales precisas. A ello contribuyó la insuficiente argumentación estadística, en particular porque su tosquedad confirió una «seguridad falsa» al razonamiento analógico, rasgo convenientemente destacado por Riley.

Así pues, este libro concita la atención por su contribución a la historia social de la enfermedad y resulta, al mismo tiempo, útil en historia social de la población, al aclarar con detalle los fundamentos teóricos de la intervención sanitaria en el medio ambiente y aportar ideas de refuerzo a la hipótesis «médica» del incremento moderno de la población.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

Francisco Javier PUERTO SARMIENTO (1988) *La Ilusión Quebrada. Botánica, Sanidad y Política Científica en la España Ilustrada*. Barcelona-Madrid, Serbal-CSIC (Libros del Buen Andar, núm. 22), 315 pp. ISBN 84-7628-040-9.

Las reformas en el campo de la Ciencia, la Técnica y la Sanidad caracterizaron buena parte de las acciones políticas ilustradas. Bajo el título de “La Ilusión Quebrada”, Javier Puerto expone el proceso de institucionalización de la Botánica, estrechamente vinculado a las profesiones sanitarias y más concretamente con la Farmacia.

En el texto se analiza la compleja trama institucional, científica, política y personal que dotó a esta ciencia y particularmente a su cabeza rectora durante este período, Casimiro Gómez Ortega, de un poder nunca antes alcanzado. De todos los factores que contribuyeron a ello, tres constituyen los ejes centrales en torno a los cuales el autor compone toda su obra. De una parte, se dedica especial atención a la creación y funcionamiento del Real Jardín Botánico de Madrid, tanto en su enclave inicial de Migas Calientes, como en el definitivo del Prado Viejo, en cuyo seno la ciencia botánica se profesionalizó.

En segundo lugar, se estudia en profundidad la política expedicionaria a las regiones ultramarinas puesta en marcha durante este período y cuyo origen y dirección se encuentra indisociablemente unido a los botánicos. El último factor, omnipresente en toda la obra, es la figura de Casimiro Gómez Ortega, primer catedrático del jardín madrileño desde 1771 a 1801, cuyo intrigante y ambicioso carácter junto a sus “peculiares” relaciones internacionales, animaron este proyecto.